

Hace muchos años, cuando los Basajaunak y los Jentilak vivían aún libres y a sus anchas en las montañas de Euskal Herria, una pequeña ilusión llegó de la nada. Muchos afirman que fue obra de la Diosa Mari, a quien tanto se apreciaba y adoraba, y otros piensan que se debió a un milagro. Fuera lo que fuese, cambió la vida de los habitantes de Zegama, un pequeño pueblecito situado en el sur de la provincia de Gipuzkoa.

Zegama era un pueblo muy necesitado y pobre en aquellos años. Estaba teñido del color negro de la desesperanza de sus habitantes y de la tristeza y desesperación de cada día por intentar salir de aquel vacío. Estaba rodeado de montañas, lo que lo hacía aun más pequeño y oscuro, incluso daba la impresión de que la tierra iba a acabar absorbiéndolo en cualquier momento.



FOTO 1.

Un día gris y silencioso, como de costumbre, la llegada de algo muy especial le dio al día color y alegría. Los hombres estaban trabajando en el campo, y las mujeres cuidaban la casa. Los niños ni siquiera gritaban ni saltaban, como era habitual. Eran veintiséis, y estaban todos sentados en medio del campo, viendo a sus padres trabajar y tomando ejemplo, como ellos muchas veces les habían dicho que hicieran.

De repente, algo duro golpeó a uno de los niños en la cabeza, y tras un débil quejido, pues ni siquiera tenía fuerzas para nada más, se giró para ver que era aquello que le había golpeado. Parecía una especie de pelota, con muchos colores y bien redonda y gorda. El niño se quedó sorprendido, y poco a poco todos los demás fueron acercándose con una expresión de admiración. Apenas les hubo dado tiempo a reaccionar, veinticinco juguetes más empezaron a caer sobre cada uno de los niños. A la niña rubia y delgadita que estaba sentada al lado del árbol, con expresión triste, enseguida se le alegró la cara al ver la enorme y lujosa casa de muñecas que tenía ante sus ojos. Lo mismo les pasó a los demás al ver los juguetes que siempre habían deseado ante sus ojos.

Admiración, ilusión y júbilo podía verse en la que cara esbozada una enorme sonrisa de cada uno de los niños. De pronto, uno de los más mayores, el único que había tenido la oportunidad de aprender a leer, se percató de que cada juguete traía consigo un

papelito azul con unas letras escritas en él. El mayor de los niños cogió el papel y leyó: *“INSTRUCCIONES DEL JUEGO: Este juguete esconde una sorpresa en el interior. El juego consiste en hacer que el juguete se abra y desvele su sorpresa. Lo único que tienes que hacer es tratarlo como si fuera un tesoro, mimarlo y cuidarlo lo mejor posible. CONDICIONES DEL JUEGO: El juguete solo se abrirá cuando le hayas dado todo el cariño posible y te sientas tan unido a él que te veas incapaz de separarlo de tí. GANADOR: Gana todo el que consiga el objetivo.”*, y así concluía el mensaje.

Los niños se quedaron muy impresionados, pero no dudaron en seguir las instrucciones del juego y se pusieron manos a la obra.

Durante esa semana un ambiente diferente era apreciable en Zegama. El pueblo no estaba tan oscuro como de costumbre, ya que la ilusión y la ansiedad de los niños por cumplir su objetivo y conseguir abrir sus juguetes podía con cualquier desesperanza y desánimo. Las madres y los padres estaban completamente atolondrados ante tal acontecimiento, y no se explicaban como podían haber llegado esos juguetes a las



manos de sus hijos. Estos sin embargo, se lo tomaron muy en serio. La niña cuyo regalo era una casa de muñecas, la había adornado con flores y pintado con corazoncitos rojos, dándole un aspecto de lo más tierno. El niño que tenía la pelota, siempre se lavaba las manos antes de tocarla, y al llegar a casa, la limpiaba con ahínco. En general, todos estaban muy unidos a sus juguetes, y se fueron convirtiendo en parte de sus vidas.

FOTO 2.

Un día que los niños jugaban alegremente en el campo, se oyó un débil crujido, como si algo se rajara. Los niños dieron un grito de sorpresa y alegría al ver que por fin, sus juguetes se estaban abriendo. Lo habían conseguido, y estaban ansiosos por saber qué se ocultaban dentro. Habían pasado tanto tiempo con aquellos juguetes y compartido tantos buenos momentos, que sea lo que fuera que saliera de ellos, tenían muy claro que lo iban a seguir tratando igual.

El primer juguete en abrirse fue el de la niña de la casa de muñecas. Hizo dos “crac”-s, y finalmente se abrió, dejando a la luz un pequeño cachorrito. La niña emocionada fue directamente a cogerlo entre sus brazos y a abrazarlo. De la pelota del niño salió un corderito, y este tuvo la misma reacción que la niña. De esta manera, de

cada uno de los veintiséis juguetes fueron saliendo veintiséis animalitos; de algunos un poni, de otros un pollito...pero todos los niños tuvieron la misma reacción de abrazarlos. Sin duda fue el día más feliz de sus vidas.

De esta forma y a través de estos animalitos, los niños transmitieron la ilusión y el respeto por la naturaleza.

Esos animales crecieron y se convirtieron en un símbolo de ilusión para todos los habitantes de la comarca, extendiéndose por todo Euskal Herria, y este legado se transmitió generación tras generación.



FOTO 3.

Hoy en día esos “niños” sientan a sus nietos en las rodillas y les cuentan el episodio de sus vidas que les hizo ver lo maravilloso de la naturaleza y sobre todo, les enseñó a amarla y respetarla, como si fuera una más de la familia.